

Anuario Internacional CIDOB 2008
Claves para interpretar la Política
Exterior Española y las Relaciones
Internacionales en 2007

2007: La Globalización topa con la geopolítica
Xavier Batalla

2007: la globalización topa con la geopolítica

Xavier Batalla,
Corresponsal diplomático de *La Vanguardia*
y director adjunto de *Vanguardia Dossier*

Tener una idea puede ser un acontecimiento, pero las ideas son algo distinto de los acontecimientos. Las ideas son consecuencia a menudo de los acontecimientos, aunque también pueden ser la causa que los desencadena. Los regímenes comunistas, por ejemplo, fueron producto, al menos en parte, de la idea de Marx de que la historia terminaría con la victoria del socialismo. En sentido contrario, la idea de Francis Fukuyama de que la historia se acabó con el triunfo de la democracia y del capitalismo fue consecuencia del acontecimiento que puso fin al siglo XX: el fracaso comunista.

La historia nos demuestra que una idea también puede construir un país. La revolución de 1789 hizo Francia, los ideales de la revolución norteamericana construyeron Estados Unidos, y el sionismo levantó el Estado de Israel. A veces, sin embargo, una idea puede destruir un país. Éste ha sido el caso de Irak, que no fue construido por una idea sino por la historia. El 20 de marzo del 2003, pese a no existir relación alguna entre Bagdad y los atentados del 11 de septiembre, los neoconservadores fueron a la guerra con una idea: la democratización de Irak, que una vez consumada haría de todo Oriente Medio un jardín democrático, pacífico y próspero.

La idea neoconservadora ha sido un fracaso. Primero, porque ha destruido Irak, ahora escenario de una guerra civil en la que se solapan diversos conflictos y que se inició en enero de 2006, cuando se perpetró un atentado contra la mezquita chií de Samarra. Segundo,

porque el intento de imponer una visión ideológica de las relaciones internacionales ha naufragado, ya que la *guerra global contra el terrorismo* no ha sido un concepto capaz de reorganizar el mundo. Y tercero, por el fiasco estratégico, ya que las consecuencias de la invasión de Irak han sido lo contrario de lo pretendido: el régimen iraní se ha crecido, las tensiones se han multiplicado en Oriente Medio, el terrorismo ha seguido golpeando y las elecciones celebradas entre los árabes han propiciado el avance de los islamistas.

En el año 2007, la *guerra contra el terrorismo* dejó en un segundo plano a América Latina, donde no cesa el populismo pese al revés sufrido por Hugo Chávez en el referéndum con el que pretendía perpetuarse en el poder; a África, atormentada por la pobreza, las rivalidades tribales, la tragedia de Darfur y las enfermedades; a Asia, donde las dos superpotencias emergentes, China e India, están cambiando el mapa, y a la Federación Rusa, que emplea sus energías para reafirmarse en la posguerra fría. Pero el mundo se movió en 2007.

Oriente Medio: una nueva era

Occidente fecha el nacimiento del Oriente Medio moderno a finales del siglo XVIII. Hay historiadores que se inclinan por 1774, cuando se firmó el tratado que puso fin a la guerra entre los imperios ruso y otomano, pero la mayoría prefiere la llegada de Napoleón a Egipto, en 1798. La región ha conocido desde entonces cuatro eras, y la última se ha caracterizado por el predominio de EEUU. La gira que a finales de 2007 realizó Bush por Oriente Medio se produjo cuando la guerra de Irak, en opinión de Richard Haass, presidente del Council on Foreign Relations, había marcado el principio del fin de la era estadounidense (Haass, 2006).

La primera era del Oriente Medio moderno acabó en 1918 con la caída del Imperio otomano, que dominó la región durante cuatro siglos, y con el reparto del mapa entre Francia y Gran Bretaña. La segunda terminó con la humillación de franceses y británicos en Suez, en 1956, cuando se confabularon con los israelíes para recuperar el canal nacionalizado por Gamal Abdel Naser y provocaron la condena de la Administración Eisenhower, que retorció el brazo británico. La tercera era se correspondió con la Guerra Fría, en la que dos acontecimientos cambiaron el mapa: la guerra relámpago de 1967, cuando la victoria israelí enterró el panarabismo, y la revolución teocrática iraní. Y el cuarto ciclo, sin la Unión Soviética y con la Guerra del Golfo (1990-91), se ha caracterizado por una influencia de Washington sin precedentes. Richard Haass mantiene que esta era estadounidense ha llegado a su fin a causa de diversos factores, algunos estructurales y otros servidos en bandeja por los errores de la Administración Bush, desde la Guerra de Irak hasta la renuncia, durante siete años, a todo intento de reanudar el proceso de paz entre palestinos e israelíes.

Bush anunció la democratización de Oriente Medio a partir de Irak, pero Oriente Medio ha cambiado para peor, como afirma Paul Salem, director del Carnegie Endowment for International Peace. Las autocracias egipcia y saudí, por ejemplo, se han hecho más duras, que no quiere decir más fuertes; Irak es un caos; Irán se ha convertido en una potencia regional; nuevos actores no estatales, como Al Qaeda, Hezbollah, Hamás y el Ejército del Mahdi, se han consolidado, y la paz entre palestinos e israelíes anunciada por Bush para antes de que acabe 2008 provoca el escepticismo general.

Irak es ahora el primer país árabe gobernado en los últimos 800 años por dirigentes chiíes, pero es un caos. La invasión de Irak se ha transformado en una suma de conflictos. Irak tiene un gobierno débil (los seis ministros sunníes se retiraron del gabinete en agosto de 2007) y es escenario de distintos conflictos que se solapan. Las tropas estadounidenses y británicas hacen frente a la insurgencia y el terrorismo de Al Qaeda; chiíes y sunníes libran una guerra civil desde el atentado contra la mezquita chií de Samarra en enero de 2006; los chiíes que dirigen el Gobierno de Bagdad están enfrentados al Ejército del Mahdi, milicia chií encabezada por el clérigo Moqtada al Sadr, quien en 2007 retiró sus cinco ministros del Ejecutivo, y la situación en el Kurdistán, santuario de los kurdos que pretenden la secesión del Kurdistán turco, provoca las intervenciones de Turquía.

La violencia disminuyó en 2007, pero la mejora no obedeció a ninguna gran victoria militar ni de manera exclusiva al envío de otros 21.500 soldados estadounidenses (*the surge*). El escenario cambió porque la derrota en la batalla por Bagdad, a finales de 2006 y principios de 2007, hizo que los sunníes se sintieran atraídos por la diplomacia del dólar y atemorizados por Al Qaeda. En lugar de apuntar a los marines, los jeques sunníes –o buena parte de ellos– se aliaron en 2007 con la fuerza ocupante, hasta el punto que Estados Unidos contabilizó 125 milicias sunníes, con 80.000 efectivos, que combatían contra Al Qaeda bajo la bandera del *Concerned Local Citizens*, ejército que encierra una paradoja: está financiado por Washington pero es hostil al Ejecutivo de Bagdad, apoyado por Washington. Otro factor decisivo fue el alto el fuego unilateral de la milicia de Al Sadr (60.000 miembros). Pero en 2007 murieron 901 soldados estadounidenses, la cifra más elevada desde 2004.

Irak ya no es un baluarte antiraní, y las monarquías del Golfo y de Jordania se encuentran frente a una alianza, encabezada por Teherán, que se extiende por Irak, Gaza (Hamás), Siria y Líbano (Hezbollah). Y el norte de Irak, con un Kurdistán prácticamente independiente desde la Guerra del Golfo (1990-91), es motivo de fricción continua con Turquía. El Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), que pretende la secesión del Kurdistán turco, tiene allí su san-

tuario, desde donde alimenta un conflicto que se ha cobrado más de 30.000 vidas desde 1984.

Uno de los componentes de la cultura política turca es el complejo de Sèvres, en referencia al tratado de 1920 por el que los vencedores de la Primera Guerra Mundial se repartieron Anatolia. Constantinopla y los Dardanelos pasaron a control británico. Parte de Anatolia oriental fue entregada a Grecia y el resto fue dividido entre una Armenia independiente, un Kurdistán autónomo y distintas esferas de influencia para franceses e italianos. A los turcos, que también perdieron las provincias árabes de su imperio, sólo les quedó Anatolia central. Pero Mustafá Kemal, fundador de la república laica en 1923, organizó la revuelta y los extranjeros fueron expulsados. Sèvres fue reemplazado entonces por el Tratado de Lausana, que reconoció las fronteras de la Turquía moderna, incluido el Kurdistán que pretende separar el PKK. En este contexto, Turquía hostigó el Kurdistán irakí en 2007. Turquía no desea otro Kosovo en el área, ya que sería contagioso, pero se limitó a golpear al PKK, aunque sus ataques ofrecieron una imagen chocante: Turquía, aliado de Washington, intervino en el territorio del gran aliado de Washington en Irak.

Una de las consecuencias de la Guerra de Irak es que el centro de gravedad se ha desplazado desde el Mediterráneo hasta el Pérsico. Ésta es, al menos, la

opinión del Consejo de Cooperación del Golfo, que teme la influencia iraní en una región llamada a aumentar su valor, dada la sed de energía que tienen China e India.

La alianza con Estados Unidos funciona, aunque las monarquías árabes contemplaron con inquietud en 2007 la paradoja de la política exterior de Bush, que con una mano se entendía con Bagdad, dominado por los chiíes, y con la otra pedía a los sunníes un frente común contra el Irán chií.

Las monarquías árabes, mayoritariamente sunníes, desconfían del poder iraní, incrementado con la desaparición de dos de sus más encarnizados enemigos: Saddam Hussein y los talibanes. Pero los árabes también temen la guerra, por lo que contemplan otras alternativas, especialmente después de que la inteligencia estadounidense informara a finales de 2007 de que Irán había suspendido su programa nuclear militar en 2003, lo que después fue puesto en duda por la Agencia Internacional de la Energía Atómica.

Después de siete años de brazos cruzados, Bush pareció seguir en Palestina los pasos de su padre y de Bill Clinton con la convocatoria de la conferencia de Annapolis, en la que israelíes y palestinos se comprometieron a encontrar la paz en el plazo de un año. Annapolis, sin embargo, no fue Madrid, donde la conferencia de paz surgió de la victoria sobre Saddam Hussein; Annapolis procedió del fracaso de una estrate-

**“La guerra global contra el terrorismo
no ha sido un concepto capaz de
reorganizar el mundo”**

gia temeraria, y eso generó escepticismo. La paz nunca estuvo tan al alcance de la mano como en Camp David, en el verano de 2000, pero la negociación fue un fracaso, en parte a causa de la cuestión de los refugiados palestinos, que Israel se negó a tratar. Y el error de Clinton fue que pretendió resolver todo en tres días y sin el consenso árabe. Bush se fijó un año y reunió en Annapolis a casi todos los árabes. Pero si alguna vez se firma un acuerdo de paz, éste no será muy distinto de los parámetros establecidos por Clinton.

Como hace cien años, cuando se aceleró la inmigración judía, Palestina se la disputan dos pueblos. A estas alturas de la historia ya se ha superado el mito de que Palestina era una tierra sin pueblo (el palestino) para un pueblo (el judío) sin tierra. Este mito se evaporó cuando Israel y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), reconocida internacionalmente como representante legítimo de los palestinos, se aceptaron mutuamente con el proceso de paz de 1993. Pero los acontecimientos de 2007, con la toma de Gaza por parte de Hamás en junio, indican que la ecuación ha vuelto a cambiar: ahora hay una tierra (Palestina), dos pueblos (judío y palestino) y tres estados, establecidos o por establecer (Israel, Gaza y Cisjordania).

El pueblo palestino, harto de la corrupción de Al Fatah y del fracaso del proceso de paz abierto en 1993, dio la victoria a Hamás, en unas elecciones consideradas internacionalmente libres, en enero de 2006. Pero a Israel y a Estados Unidos, que habían invitado a los palestinos a democratizarse, no les gustaron los resultados, por lo que la respuesta fue un boicot a los islamistas, que estrecharon sus lazos con Irán. Al Fatah fue animado entonces por Estados Unidos e Israel a ignorar los resultados electorales, lo que precipitó la división de los territorios ocupados en dos estados de facto. Álvaro de Soto, diplomático peruano que dimitió en 2007 como enviado de la ONU en Oriente Medio, criticó a Estados Unidos por boicotear el extinto gobierno de unidad nacional palestino; a Israel, por poner “unas condiciones inaceptables”, y a Hamás, por su violencia. El diplomático denunció que Bush presionó para que Hamás y Al Fatah se enfrentaran. Tony Blair, representante especial del Cuarteto (Estados Unidos, UE, Rusia y ONU) para Oriente Medio, ha reconocido que hace falta “una nueva estrategia en Gaza” porque la del aislamiento como represalia al dominio de Hamás no funciona.

Mediterráneo: Francia no será el centro

América Latina y el Mediterráneo son regiones distantes pero no tan distintas: las dos conocen lo que es el “poder duro” de estadounidenses y europeos, pero también han sido o son laboratorios para el “poder blando” de las antiguas potencias coloniales. Desde 1995, los europeos pretenden, con el Proceso de Barcelona, cambiar el Mediterráneo con su “poder

blando”. El sur, tierra de emigrantes y gas, quiere huir de la miseria, caldo de cultivo del extremismo.

El Proceso de Barcelona busca convertir el Mediterráneo en una realidad geopolítica, no perpetuar la frontera invisible entre el Norte y el Sur. Pero la región está desequilibrada y con conflictos que, como el palestino-israelí y el del Sáhara Occidental, dificultan la asociación. En esta encrucijada, el presidente francés, Nicolas Sarkozy, lanzó en 2007, inspirado por su consejero Henri Guaino, el proyecto de una Unión Mediterránea, de la que formarían parte los países ribereños.

El proyecto suscitó el recelo de los socios europeos y de Ankara, para quien el objetivo de Sarkozy, contrario al ingreso de Turquía en la Unión Europea, sería evitar su adhesión a cambio de otro tipo de integración. Y los europeos desconfiaron por tres razones. Primero, porque la propuesta provocaría una división del trabajo entre el norte, que miraría al este, y el sur, que se ocuparía del Mediterráneo. Segundo, porque significaría duplicar los esfuerzos del Proceso de Barcelona. Y tercero, porque Francia pretendía pasar la factura a todos los europeos. El resultado, a instancias de Alemania, ha sido un compromiso que desnaturaliza la idea inicial de Sarkozy. La Unión Mediterránea será simplemente un medio, en el marco de la política europea de vecindad, del Proceso de Barcelona. Pero el problema seguirá existiendo. El poder blando de la Unión Europea funciona bien cuando trata de integrar, como ha sucedido con España o Hungría. Pero el problema para los comunitarios empieza cuando el objetivo no es integrar, sino cooperar.

Afganistán: un desafío para la OTAN

Europa tiene otro problema en Afganistán. Hay que retroceder hasta 1901, cuando el rey Abdur Rahman murió en la cama, para dar con un dirigente afgano –monarca o presidente– que tuviera un final político feliz. Y la OTAN, con su credibilidad puesta a prueba, lo tiene tan difícil como el presidente Hamid Karzai. Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá soportan la mayor carga de la guerra iniciada en 2001 y se quejan de la negativa de sus socios europeos a aumentar sus efectivos y a poner un pie en las áreas más conflictivas.

El debate occidental sobre Afganistán enfrenta a optimistas, que insisten en la posibilidad de reconstruir Afganistán como una estable y próspera democracia, y a realistas, que saben que el Afganistán moderno ha sido siempre ingobernable. Karzai, cuya presidencia apenas se extiende por la región de Kabul, necesita aliados internos. El talibán ha resucitado y Karzai le ha tendido la mano. El 29 de septiembre de 2007, el presidente se dirigió a los talibanes para ofrecerles la paz y alguna cosa más tangible. Y los occidentales comenzaron a preguntarse si sería posible una solución política. El ministro de Defensa británico, Des Browne, confesó que “en algún momento, los talibanes deberán estar implicados en el

proceso de paz, ya que no van a desaparecer”. La versión oficial de Londres, sin embargo, fue entonces que sólo se negociará con el talibán moderado, especie política que se consideraba extinguida pero que Karzai dice conocer. Karzai es pashtún, la etnia que, dividida entre Afganistán y Pakistán, es el granero de los talibanes.

El mapa de la guerra provoca las protestas de estadounidenses, británicos y canadienses, que combaten en las provincias de Kandahar y Helmand, las de mayor actividad talibán. Y se quejan de que los dirigentes europeos, con la excepción de Nicolas Sarkozy, se resisten a enviar más tropas. Lord Inge, jefe de las fuerzas armadas británicas en la década de 1990, definió así la situación: “Existe un gran resentimiento hacia las tropas que no exponen sus vidas, y esto mina la credibilidad de la OTAN” (Harding, 2007).

La ausencia de una clara estrategia occidental en Afganistán procede de un equívoco. Los europeos dicen que enviaron sus tropas para participar en una misión de paz, es decir, para reconstruir el país. Y eso es lo que decidió el máximo organismo internacional. Pero lo que sucede en Afganistán, después de la resurrección del talibán, es una guerra, por lo que Estados Unidos pone el acento en la lucha contra los insurgentes. Es necesario, pues, que los líderes de la Alianza Atlántica se pongan de acuerdo sobre una estrategia. Ambas partes deben reflexionar. Los europeos, porque con su negativa parecen ignorar que un fracaso occidental no sólo sería un desastre para los afganos, sino también para la OTAN, que es quien ha garantizado la paz en Europa. Y Washington, porque aún tiene que decir claramente que buena parte del problema afgano está en Pakistán, donde Al Qaeda y los talibanes tienen su santuario, y porque el grueso de las tropas estadounidenses fue desviado a Irak.

Pakistán: la contradicción estadounidense

India suele tener buena prensa en Occidente; Pakistán, todo lo contrario. India es elogiada como una superpotencia emergente; es decir, se la considera un éxito. Pakistán es visto como una fuente del radicalismo islamista y el lugar donde Osama bin Laden se habría refugiado; es decir, se le ve como un Estado fallido. Pakistán es uno de los enigmas contemporáneos. Es un país cliente de Estados Unidos, pero odia a Estados Unidos; apoya a Washington en la *guerra global contra el terrorismo*, pero es una fábrica de terroristas, y es un país donde no abunda la ciencia, pero tiene la bomba atómica.

El primer problema de Pakistán es la ausencia de democracia, aunque se celebren elecciones. Los militares han protagonizado cuatro golpes de estado desde

la independencia, en 1947, y a menudo han librado sus guerras con terceros interpuestos, tanto en Cachemira, la región que enfrenta a Pakistán con India, como en el Afganistán invadido por los soviéticos en 1979. Dos decenios después de la derrota soviética, sin embargo, el resultado es un desastre. Pakistán, que alimentó a los talibanes para enterrar las reivindicaciones territoriales afganas, tiene hoy un arsenal nuclear, pero también miles de muyahidines armados. El genio se ha escapado de la botella.

El segundo problema es la ausencia de inversiones en la educación de una sociedad donde el analfabetismo supera el 50%. De un total de 162 millones de pakistaníes, 83 millones, de 15 años o más, son analfabetos. Y las familias tienen que enviar a sus hijos a las *madrazas*, las escuelas religiosas que, financiadas por los wahabíes saudíes, sustituyen al Estado fallido. Dentro de veinte años, Pakistán doblará a la Federación Rusa en habitantes (250 millones frente a 124).

El tercer problema es la ausencia de la clase media en los círculos del poder. La India independiente fue dirigida por una clase media que optó por una democracia socializante y laica. En Pakistán, el pacto entre militares y terratenientes orilló a la clase media. Y como resultado, las elecciones se resuelven feudalmente, como sucedió en enero de 2008, en las que la Administración Bush apostó por un pacto entre

Musharraf, el golpista aliado de Washington en la guerra contra el terrorismo, y Benazir. El objetivo era dar una capa de barniz democrático al régimen, pero el asesinato

de Benazir, en diciembre de 2007, significó un revés para la estrategia de Estados Unidos. Pakistán es el ejemplo paradigmático de las contradicciones de la política estadounidense, atrapada entre la retórica de la democratización y los imperativos de la *guerra contra el terrorismo*. La formación de un gobierno en Islamabad encabezado por un miembro del partido de Benazir pondrá a prueba la alianza de Bush con quien creó al talibán y después lo dejó en la estacada.

Unión Europea: el desafío de un mundo globalizado

Históricamente, ha habido dos intentos distintos de unir a los europeos: por las bravas o por la razón. Ejemplos del primer intento han sido el imperalismo de Luis XIV, el expansionismo de Napoleón y las obsesiones tremebundas de Hitler y Stalin. Por el contrario, en los últimos doscientos años ha habido dos períodos de integración pacífica y racional: el cosmopolitismo del siglo XVIII y la Unión Europea, un club democrático que desde 2007, con el ingreso de Rumania y Bulgaria, ya reúne a 27 países miembros.

“El 'poder blando' de la Unión Europea funciona bien cuando trata de integrar pero es problemático cuando el objetivo es cooperar”

La Unión Europea recuperó el pulso en 2007. La canciller Ángela Merkel, presidenta comunitaria en el primer semestre, pasó la página de la crisis que desde hacía dos años, cuando franceses y holandeses dijeron no a la Constitución Europea, atenazaba a los comunitarios. En Bruselas se abandonó la idea de elaborar una Constitución que derogara los tratados vigentes. Y en su lugar, el 13 de diciembre, los comunitarios sellaron el Tratado de Lisboa, que sustituye a la fallida Constitución y reforma los tratados de la Comunidad Europea y de la Unión Europea. Se evitó el precipicio, pero los Estados Unidos de Europa imaginados por los padres fundadores se quedaron en el cajón de los temas comunitarios pendientes.

El Tratado de Bruselas fue saludado por el presidente de la Comisión Europea, Durao Barroso, como “un paso importante para enfrentar un mundo globalizado”, pero el acuerdo no despejó todas las dudas. Desde el no de franceses y holandeses, los estados no han hecho más que avanzar en detrimento de Bruselas. Y el compromiso alcanzado sobre el sistema de votación para tomar decisiones, así como las concesiones hechas a Londres en materia de justicia y asuntos internos, subrayaron el triunfo de la Europa de los estados.

Federación Rusa: autocracia y energía

La Federación Rusa ha librado dos Guerras Frías desde el siglo XIX: la primera, en Asia Central, contra Gran Bretaña, en lo que se denominó el Gran Juego, y la segunda, contra Estados Unidos, que en 1945 tomó de los británicos el relevo global. Ahora, el mundo, ya sin la Unión Soviética, es distinto, pero Vladímir Putin está acostumbrado al frío.

Una vez acabada la segunda Guerra Fría, la Federación Rusa se encogió mientras la OTAN, al extenderse por el antiguo Pacto de Varsovia, se instalaba a sus puertas. Jacques Attali ha comparado el trato dispensado a la Federación Rusa con el Tratado de Versalles, que humilló a Alemania. A algunos les puede parecer exagerado, pero lo decisivo no es lo que piensen los occidentales, sino lo que está incubando Putin. Boris Yeltsin fue un presidente popular en Occidente, que le agradeció la operación de derribo. Putin, con la energía que le suministran unos hidrocarburos caros, es popular en su casa por haber devuelto la confianza a los rusos, cosa que Occidente ya no aplaude.

En el tablero euroasiático actual existen dos uniones —la Unión Europea, con 27 miembros, y la Comunidad de Estados Independientes, con 12 países y liderada por la Federación Rusa— que están separadas. La Unión Europea y la Federación Rusa están conectadas por una formidable red de oleoductos y gasoductos de la que dependen energéticamente los comunitarios. Pero europeos y rusos están separados, como si el antiguo telón de acero se hubiera desplazado hacia el este. Moscú desconfiaba ahora de la OTAN porque considera que su expan-

sión y la proyectada instalación de un escudo antimisiles en Polonia y República Checa son una amenaza para su esfera de influencia, desde Bielarrús hasta Georgia, pasando por Ucrania y Kosovo, cuya independencia ha roto Serbia, su aliada en los Balcanes. Por eso Putin decidió retirarse del tratado sobre reducción de fuerzas convencionales en Europa, tenido por los occidentales como una garantía para la seguridad en el continente.

Los europeos acusan a Putin de ser autocrático, de no haber roto con el pasado, de no reconocer la nueva realidad en el antiguo este europeo, de seguir comportándose como un poder imperial y de utilizar los instrumentos soviéticos de dominación sobre sus vecinos, como ocurre con el petróleo y el gas. Pero franceses y alemanes no comparten el entusiasmo de Bush por el ingreso en la OTAN de Georgia y Ucrania. Los alemanes consideran que Washington no actúa pragmáticamente, sino ideológicamente, y que su iniciativa es una provocación a la Federación Rusa, de cuya energía dependen.

De Gaulle habló de una Europa que debería extenderse desde el Atlántico hasta los Urales. Y Mitterrand y Gorbachov se refirieron a Europa como una casa común. Estas dos ideas, sin embargo, no fueron posibles porque la Unión Europea, al final de la Guerra Fría, se estaba haciendo mientras la Unión Soviética se estaba deshaciendo. Pero ahora, cuando la Federación Rusa se rehace, estas ideas son aún más impensables. Putin acusó a estadounidenses y europeos de esforzarse en deslegitimar las elecciones legislativas rusas de diciembre de 2007, pero también demostró estar empeñado en que la Federación Rusa no sea Europa. Putin dejará la presidencia en 2008 en manos de su protegido Vladímir Medvédev, pero todo indica que mandará como primer ministro. Churchill ya se refirió a la Federación Rusa como “un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma”.

China: la superpotencia autocrática

Un eunuco originario de Asia Central llamado Zheng He convenció en el siglo XV a un emperador Ming para que financiara una expedición marítima extraordinaria. Entre 1405 y 1433, Zheng alcanzó las costas de India y fue el primero en doblar el cabo de Buena Esperanza. Pero sus expediciones terminaron cuando China se embarcó en un largo período de aislamiento mientras los europeos comenzaban sus descubrimientos. Beijing conmemoró en 2005 el 600 aniversario del primer viaje de Zheng con unos actos que algunos observadores occidentales interpretaron no sólo como un recordatorio de que hubo un tiempo en que el Índico y el Pacífico fueron lagos chinos, sino como un aviso de que volverán a serlo.

China entró en el siglo XX en 1911, cuando cayó la dinastía Qing, que se llevó a la tumba dos milenios de monarquía despótica, y desde entonces ha sobrevivido a repúblicas efímeras, caudillos, guerrilleros, ocupaciones extranjeras, guerras civiles y una revolución maoísta.

Cien años después, la China autocrática de los sucesores de Deng Xiaoping, el comunista que abrió las puertas al capitalismo, rivaliza con Estados Unidos en la carrera por el siglo XXI.

China divide a los estadounidenses. Unos ven al gigante asiático como un inagotable mercado de 1.300 millones de consumidores. Pero otros, de sindicalistas a empresarios, prefieren ver a China como una inmensa fábrica de competidores desleales y contumaces violadores de la propiedad intelectual. En Estados Unidos, unos consideran que con China se puede repetir el éxito de Alemania y Japón, que de enemigos pasaron a ser campeones del mundo desarrollado y democrático. Pero otros proponen aplicar al gigante una contención como la empleada contra la Unión Soviética.

China fue el poder dominante en Asia Oriental durante dos mil años, pero desde 1850 quedó subordinada a Occidente y a Japón. Y esta humillación fue cosa de cuatro: Gran Bretaña, por las dos guerras del opio; Japón, por haberla invadido; Rusia, por la rapiña territorial, y Estados Unidos, por ser el árbitro en Asia desde 1945 y apoyar a Japón. Pero China ya ha saldado algunas cuentas. El Reino Unido pagó con la devolución de Hong Kong en 1997. Y con la Federación Rusa ya ha resuelto sus contenciosos territoriales en el marco de la Organización de Cooperación de Shanghai, establecida en 2001 y a la que también pertenecen Kazajstán, Kirguistán y Tadjikistán. Quedarían, pues, Japón y Estados Unidos, el gran protector de Taiwán, considerada una provincia china rebelde por los dirigentes de Beijing.

La historia dice que cuando un país se industrializa rápidamente se hace más agresivo y expansionista. Éste fue el caso de Gran Bretaña y Alemania. ¿Está condenada China, entonces, a seguir esta pauta? No necesariamente. Todo dependerá de la evolución que experimente, pero también del trato que se le dé. Estados Unidos y China son rivales comerciales y, al mismo tiempo, interdependientes. El crecimiento económico de China depende de la economía estadounidense, que absorbe la quinta parte de sus exportaciones. Pero, paralelamente, a China, que está sedienta de energía, le pesa el control geoestratégico que ejerce Washington. La Agencia Internacional de la Energía calcula que hacia 2030 las importaciones chinas supondrán el 80% de su consumo energético. Oriente Medio suministra ahora las dos terceras partes del petróleo que queman los chinos, pero Estados Unidos controla el Estrecho de Ormuz, que es decisivo, lo que ha hecho que China construya vías alternativas, empezando en Pakistán.

La fábrica china está integrada en el sistema de producción asiático, ya que importa componentes de Japón, Corea del Sur y Taiwán, todos aliados de

Estados Unidos. Pero si China no pudiera importar componentes de estos países, Estados Unidos también sufriría, porque su economía está asistida por las inversiones chinas. No sólo las arcas chinas atesoran 1,2 billones de dólares en reservas monetarias, sino que Beijing ha invertido 600.000 millones de dólares en bonos del Tesoro de Estados Unidos. Y Beijing está empeñado en dejar pequeño a Zheng He con sus expediciones comerciales por Asia, África y América Latina, donde saca petróleo.

América Latina: desigualdad y populismo

La guerrilla latinoamericana es una pieza de museo, si exceptuamos el caso colombiano, donde el narcotráfico ha sustituido a la ideología. Los militares latinoamericanos, después de los oscurantistas años setenta, están acuartelados. Y la democracia se ha consolidado. Pero América Latina se ha distanciado de Estados Unidos. La región se ha dividido en dos bloques que, como afirma Jorge Castañeda, ex ministro de Asuntos Exteriores de México, libran “un cuerpo a cuerpo ideológico, político y económico”.

Estados Unidos ha elaborado todo tipo de doctrinas para proteger sus intereses económicos, políticos y militares en América Latina. Unas veces ha optado

por el palo, como hicieron Theodore Roosevelt y Richard Nixon, y otras se ha inclinado por la zanahoria, como ocurrió con Franklin Roosevelt, que anunció la Política

de buena vecindad, o con John Kennedy, que propuso la Alianza para el progreso, doctrina a la que, coincidiendo con la gira latinoamericana que Bush realizó en 2007, *The New York Times* calificó de “uno de los periodos más felices en las relaciones interamericanas”. El resultado de todos estos experimentos es que a la revolución castrista, ya sin Fidel Castro como presidente de Cuba, le ha sucedido el populista Chávez.

América Latina ha optado históricamente por más Estado que mercado, pero la situación se invirtió a partir de 1980. Bush, no obstante, ha sufrido el mismo tormento que en Oriente Medio: las urnas no garantizan la victoria de sus aliados. Y la explicación es fácil. América Latina es la región más desigual del mundo, con una élite depredadora y con 222 millones de pobres, de los que 100 millones viven con 2 dólares al día. Y los latinoamericanos están divididos en dos bloques. Por una parte, un grupo heterogéneo de gobiernos de centroizquierda y de centroderecha (Brasil, México, Colombia, Uruguay, Guatemala) que mira a Washington y, por otra, los populistas (Bolivia, Ecuador, Nicaragua y Argentina), que son proclives a Chávez, cuyo combustible es el petróleo venezolano.

“Pakistán es el ejemplo de las contradicciones de la política estadounidense, atrapada entre la democratización y los imperativos de la guerra contra el terrorismo”

Conclusión: después de Bush, ¿qué?

Los grandes acontecimientos se cuecen por lo general a fuego lento. La Unión Soviética comenzó a derrumbarse con Leonidas Brézhnev, que se dejó las cejas en Afganistán, el Vietnam soviético, mientras los cañones no dejaban nada para mantequilla. Y la segunda víctima del final de la Guerra Fría fue la política. Desde entonces, el mercado ha gobernado el mundo, dejando la política en un segundo término. Los tres últimos decenios se han medido por los índices económicos.

El temor a la recesión en Estados Unidos anunció a finales de 2007 un nuevo ciclo económico. Pero ¿provocarán las turbulencias financieras la apertura de un ciclo político en el que se trate de meter en cintura a los cada vez más sofisticados y menos controlados sistemas financieros? Muchos, instalados en el confort occidental, prefieren ver la política como si fuera algo poco moderno y propio de la periferia.

El mundo de principios del siglo XXI conoce cambios tectónicos, no sólo geopolíticos. Piratas, falsificadores y traficantes no han faltado en la historia, pero ahora tienen poder global. El informe “State of the future”, publicado por la World Federation of United Nations Associations, apuntó en 2007 los quince grandes desafíos del planeta, entre ellos el cambio climático, la escasez de agua y el terrorismo. Pero el informe también subrayó la amenaza del crimen organizado, cuyo volumen de negocio anual es de dos billones de dólares y sus ingresos superan los gastos de defensa de todo el mundo.

¿Qué pasará después de que Bush abandone la presidencia? Unos analistas, como Thierry de Montbrial, sostienen que al mundo unipolar no le queda mucha cuerda. “La multipolaridad comienza a ser una realidad”, ha escrito De Montbrial. Otros, como Roger Cohen, apuntan hacia un mundo bipolar cuyos centros serán Washington y Beijing. Y no faltan quienes, como Jonathan Steele, nos advierten de la formación de un mundo dividido en dos bloques: las democracias liberales, por un lado, y China y la Federación Rusa con sus capitalismo autocráticos y la sistemática violación de los derechos humanos (Tíbet, Chechenia), por otro.

China y la Federación Rusa fueron a menudo de la mano en 2007, desde Myanmar hasta la tragedia de Darfur, pasando por Irán, como si el triángulo que Nixon y Kissinger construyeron en la década de 1970 con Washington, Beijing y Moscú funcionara en sentido contrario. Entonces, la Casa Blanca manipuló en su beneficio las relaciones entre los dos hermanos comunistas separados. Ahora, la Federación Rusa postcomu-

nista se pone de acuerdo con la China posmaoísta, pero, al mismo tiempo, apoya a Washington en la *guerra contra el terrorismo* y busca su ayuda para ingresar en la Organización Mundial del Comercio. Los intereses chinos y rusos no serán siempre coincidentes, pero su aproximación, mientras Washington invita a India para que sea un contrapeso a China, también subraya el desencuentro entre Estados Unidos y Europa sobre la idea de cómo el mundo debería funcionar. Las economías rusa y china son distintas. La Federación Rusa depende de sus exportaciones de energía; China, de sus manufacturas. Es decir, pueden ser clientes, y la integración económica suele ser a menudo inseparable de la geopolítica.

La continuidad de la hegemonía estadounidense en un mundo cada vez más multipolar dependerá, al menos en parte, de la percepción que de ella tenga el mundo, si se la considera benigna o arrogante. El unilateralismo de Bush sin el complemento multilateralista, que significa legitimidad internacional, es una invitación a contrapesos estratégicos. ¿Qué cambiarán, entonces, las elecciones presidenciales estadounidenses del 4 de noviembre de 2008? ¿Qué perdurará de la Doctrina Bush? John Mearsheimer, profesor de la Universidad de Chicago y crítico realista de la Guerra de Irak, mantiene que “el próximo presidente será más multilateralista; si quieres gobernar el mundo debes ser multilateralista”.

La guerra global contra el terrorismo seguirá siendo la prioridad de la política exterior estadounidense después de Bush, pero la globalización, dominada inicialmente por Estados Unidos, ha acelerado, como dice Laurent Cohen-Tanugi, el ascenso de nuevos centros de poder y fabricado sus propios antídotos (Cohen-Tanugi, 2007). La globalización continúa dominando la escena, pero ahora ya topa con el regreso de la geopolítica clásica.

Referencias bibliográficas

HAASS, Richard “The New Middle East” en *Foreign Affairs*, vol. 85 noviembre-diciembre 2006, pp. 2-11.

HARDING, Thomas “Do your fair share in Afganistán, Nato told”, *Daily Telegraph*, 10 de marzo de 2007.

COHEN-TANUGI, Laurent. *Guerre ou paix*. Grasset, 2007.